

EL HALCÓN

Ella iba corriendo por el bosque. Acababa de tener una discusión con su señora, a la que servía desde que sus padres murieron en un incendio años atrás. Lloraba amargamente no por la discusión sino por su existencia, una vida desafortunada. Ciertamente era que el motivo de la bronca había sido una tontería, ya que solo se le había roto una pieza de la extensa vajilla de su señora, pero ella, casada con uno de los hombres más ricos de la aldea al que ni siquiera quería, la despreciaba por sus humildes y desgraciados orígenes. La había insultado, recordándole que debería estar agradecida por su benevolencia al permitir trabajar en la casa, y había estado a punto de pegarle.

Se detuvo, comprobando que estaba en un punto del bosque muy tupido y espeso. Se sentó en un tocón y enterró la cara entre las manos, dispuesta a llorar hasta quedarse seca.

Así la encontró él. Halló a una muchacha llorosa y desdichada que con toda probabilidad no había pasado muchos momentos alegres. Quiso acercarse a consolarla, pero se contuvo. Decidió hablarle desde la oscuridad y el anonimato que le proporcionaban los árboles al atardecer.

—¿Qué os ocurre, muchacha?

Ella se asustó al oír aquella voz sugerente y profundamente embaucadora que la estremecía desde las sombras.

—¿¡Quién sois!? ¡Dejaos ver! ¡¡En verdad me estáis asustando!!

EL HALCÓN

—Responded primero a mi pregunta y contestaré.

—¡No me ocurre nada que sea de vuestra incumbencia, señor!
¡Dejaos ver o me iré!

—¿A dónde? No tenéis algo a lo que llamar verdaderamente hogar ni sentís aprecio alguno por la señora que dice acogeros, estáis sola, llorando. Responded con verdad, ¿qué os ocurre? Ella alzó la cabeza, impresionada, mirando hacia todas partes e intentando discernir la identidad de aquél que hablaba.

—Parecéis saber de mí más que yo misma. ¿En verdad tenéis la necesidad de preguntarme o lo hacéis por regodearos en mi desgracia? ¿Quién sois?

—Por nada del mundo quisiera heriros. Mi nombre... es Halcón. ¿Y el vuestro?

—¿Y si no quiero responderos, señor Halcón, porque parece que no hacéis otra cosa que burlaros de mí?

—Entonces seréis una maleducada quebrantadora de implícitas promesas.

Ella abrió la boca con estupor. Quizás fue ese sentimiento el que le llevó a aclararse la garganta y contestar.

—Anne.

—Muy bien, Anne. Ahora decidme, ¿qué ha hecho esta vez la señora? —Se lo contó todo. No veía quién estaba escuchándola porque seguía entre la oscuridad de la foresta, pero sabía que atendía a cada una de sus palabras.

EL HALCÓN

No se planteó por qué él lo sabía todo de ella hasta que no terminó de contar su relato y así se lo preguntó—. Eso ahora no importa.

—¡Sí que importa, señor, pues le estoy contando todos mis problemas a un perfecto desconocido que sabe más de lo que cualquier extraño debería conocer! Y, además, no vaya a pensar que voy a creerme su nombre, Don Halcón.

—No estamos hablando de mí. De todos modos es normal que os pregunte: habéis sido vos la que habéis irrumpido en mi casa.

—¿Perdón?

«Con toda seguridad» pensó «el extraño estará girando su rostro, observando el bosque a su alrededor».

Apreció, efectivamente, un ligero movimiento en la penumbra. Anne se acercó, pero no vio a nadie, y volvió a sentarse en el tocón con creciente curiosidad y cierto desasosiego. Halcón volvió a hablar.

—Según cómo lo veo tenéis varias opciones. La primera es volver por donde vuestros pies os trajeron y aguantar el resto de vuestra existencia los malos tratos de la señora. La segunda es quedaros aquí, en el bosque. Yo os mostraría sus maravillas y formas, colores, sabores, olores... La tercera es que os vayáis a la aldea y busquéis un nuevo empleo, algo que encontraréis difícil si la señora de la casa hace uso de sus malas artes al hablar con el resto de damas pudientes.

EL HALCÓN

La cuarta es que, con ningún recurso en vuestro haber, abandonarais la comarca. Por lo que sé no contáis con ninguna mano amiga... la opción más tentadora y segura es quedaros aquí.

—Pero...

—Volveré a este claro cuando salga la luna. Si no estáis sabré que no queréis quedaros. Si estáis... me mostraré.

Anne acertó a escuchar el aleteo de un ave entre las ramas y las hojas que tenía a su izquierda y llegó a ver una forma irregular que alzaba el vuelo y se perdía inmediatamente. Mientras enfocaba la mirada hacia el animal comprobó, no sin cierta sorpresa, que un objeto caía hacia ella como si el peso final de un péndulo invisible se tratara. Al llegar al suelo lo cogió con dedos temblorosos: no tardó ni un segundo en identificarlo como una pluma.



EL HALCÓN

No supo por qué, pero se quedó. Quizás porque sentía curiosidad, porque estaba fascinada, porque nada la retenía en la realidad que dejaba atrás. También había sido decisivo el hecho de que en mucho tiempo nadie le hubiera dado una alternativa a su sufrimiento ni se hubiera dirigido a ella con amabilidad. En todas estas cosas pensaba hasta que oyó un ruido a su derecha y se giró.

—Señor, ya veis que me he quedado. ¿Qué queréis de mí? Anne no lo sabía, pero él estaba sonriendo.

—¿Sabéis leer?

—¿A qué viene eso ahora?

—Leed.

Un objeto cayó a su lado y ella lo recogió y extendió. Era un papel manuscrito y parecía oficial, pero Anne no sabía qué ponía. Alzó la mirada, pidiendo a las sombras que le esclarecieran su contenido.

—Yo... yo no...

—Se dice que una sirvienta, vos, el hijo de tu señor y unas cuantas monedas de oro, plata y cobre de la señora han desaparecido... y se cree que lo han hecho juntos.

—¿¡Qué!? ¡Eso es una falacia!

Anne estaba indignada por haber sido acusada de hurto, cosa que jamás haría, aun cuando alguien se lo mereciera...

EL HALCÓN

Y Dios sabía que nadie se lo merecía tanto como la usurera de su señora, pero perdió gran parte de su fuerza al sentir una gran confusión cuando le oyó reír.

—¿Qué sabéis de él?

—Se llama Frederick y es el hijo del señor y de la hermana mayor de la señora; se decía de ella que era hermosa, muy hermosa, y de carácter gentil. Murió durante el parto del señorito Frederick y su marido, conmocionado por su parecido con la difunta, lo relegó a existir en una de las habitaciones de la casa, sin apenas poder salir de su alcoba, viviendo entre libros y sueños... O eso se comenta, pues yo no le conozco ni he podido hablar con él. ¿¡Cómo podría escaparme con Frederick si está encerrado!?

—¿Por qué nadie hace nada para salvar al muchacho de semejante destino?

Anne inspiró entre derrotada y triste cuando percibió cierto deje de amargura en la voz de Halcón, dándose cuenta de que ella no era, al fin y al cabo, la que peor vivía entre las cuatro paredes que conformaban el hogar de la señora.

—Confieso que sin verle siempre lo he tenido en mis oraciones: la señora dice que su salud es delicada y que cualquier intrusismo podría matarle —El silencio se alzó entre los dos—. Me da la impresión de que vos le conocéis.

—Sí.

EL HALCÓN

Se perdieron los segundos y, con ellos, la paciencia de Anne.

—¡¡Me dijisteis que os descubriríais!! ¡Mostraos o me marcharé!

Escuchó crujir la hojarasca, un ruido seco y el grito de libertad de un halcón. Un pie precedió a un cuerpo al entrar un muchacho alto, moreno y de inquisitivos ojos azules en el claro del bosque con un halcón convenientemente atado sobre su enfundado brazo derecho. Le tendió la mano libre a Anne, dispuesto a besarle el dorso con cortesía una vez ella le correspondiera el gesto, cosa que no tardó en hacer a pesar de su estado de estupefacción.

—Yo soy Frederick y él es Amigo, mi halcón... y por fin somos libres. ¿Me acompañaríais a un mundo nuevo, a vivir aventuras inolvidables?, ¿a pasar página de las tragedias de nuestras vidas?, ¿a olvidar todo?

Anne cerró los ojos y suspiró, tomando una decisión que cambiaría su vida.

—Sí.

Primer premio del XX concurso
de relato breve "Miguel Servet",
edición 2007.